

El lápiz de Esculapio

Seisdedos

Joaquín Valls Arnau*

Nicanor tenía seis dedos en cada pie como consecuencia de un desdoblamiento congénito y casi completo del dedo medio que recordaba vagamente los que trazan los raíles del tren. Esa circunstancia le tenía muy acomplejado pese a ser, por lo demás, un muchacho agradable y bien plantado. Para colmo, resultaba que los compañeros de la escuela se mofaban de él con frecuentes comentarios que aludían con ironía a su inmensa suerte por no tener igualmente afectadas las manos, o por apellidarse Expósito y no Seisdedos (como le sucedía a otro chico del mismo curso). Tan avergonzado se sentía que, al finalizar la clase de gimnasia, mientras todos se duchaban descalzos en el vestuario, él se protegía los pies con unas chancletas de plástico opaco de tiras entrelazadas. Cuando se decidía a ir a la playa, tampoco se desprendía de ellas, ni siquiera para introducirse en el agua.

Nicanor solía repetir a los más allegados, sin que viniese a cuento, que su bendita madre, al verle siempre atribulado, y temiendo por su salud mental, había indagado en el entorno familiar y consultado también a eminentes especialistas acerca del origen de tal anomalía. Hasta que en una ocasión, mientras cenaban, le explicó, muy solemne, que según había podido averiguar, esta se debía a un factor hereditario de carácter recesivo que se transmitía únicamente entre varones, de modo inexorable, cada cinco generaciones. Su padre, que se hallaba también presente, esa noche parecía prestar más atención al televisor.

En casa nunca más se volvió a hablar del tema. Fue, pues, el tatarabuelo Adolfo —pensaba Nicanor—, aunque su padre no tuviese constancia de ello, quien padeció su misma desdicha. Nadie lo diría, al contemplar lo risueño que se mostraba en esa vieja fotografía que colgaba en la sala de estar, la única que conservaban de él.

Nicanor obtuvo trabajo en un banco. Un día, durante un examen médico rutinario de la empresa, la doctora descubrió con alborozo la presencia del sexto dedo en ambos pies. Le preguntó si su padre tenía, como él, la bifurcación en el dedo medio o bien en otro distinto, puesto que —según aseveró— aquel tipo de malformación, que se daba sólo entre varones, se transmitía sin excepción alguna de padres a hijos. Lo había verificado tras el centenar largo de casos que había tenido oportunidad de estudiar en su tesis doctoral, traducida ya a cinco idiomas, ampliamente difundida en las facultades de medicina de todo el mundo y de referencia obligada en los círculos científicos más acreditados.

* Funcionario y gerente de un organismo público, Barcelona (España). Dirección para correspondencia: vallsaj@diba.cat.